

OLOR Y HORROR

Llegué a Nicaragua a mediados de Septiembre de 1979. La toma del poder por parte de los Sandinistas se había realizado el 19 de Julio de ese mismo año, es decir, tan sólo dos meses antes.

El chofer que nos enviaron del Ministerio de Educación a recogernos era muy hablador. Parecía una cotorra; por momentos, prefería no oírlo y miraba por la ventanilla: por ella iban desfilando algunas pocas casas semi destruidos sin techos y huellas negras de los incendios, muros blancos con perforaciones de balas, paredes con consignas como “patria o muerte” pintadas de rojo y negro, los colores de la bandera del Frente Sandinista y gente caribeña, mucha gente, que caminaba sin prisa. Nos contó de su familia, de las dificultades del transporte, de la escases de algunos alimentos y obviamente, de la guerra. Una frase se me quedó grabada de toda su deshilvanada narración: en Nicaragua, dijo: todavía” la tierra huele a sangre”.

Unas par de semanas más tarde los compañeros del Ministerio nos ayudaron a conseguir una casa (éramos 4). Quedaba en las afueras de Managua y para ir debíamos tomar un camioncito que hacía la ruta por la carretera sur. Lo esperábamos en la plaza de mercado Israel Levites, el nombre de un muchacho muerto en combate. Como había que competir con todas las personas que querían subirse, era necesario ubicarse en una acera donde no existía un milímetro de sombra. Yo había vivido toda mi vida en tierra fría y en ese calor, en algunos meses insoportable, sudaba a mares; sentía que me iba a derretir. Me pasaba la mano por la frente y no solo caían chorros de agua sino que tenía la sensación que bien pronto el sudor vendría mezclado con pedazos de piel.

Cuando llegábamos temprano al mercado podíamos comprar alguna fruta. Mi preferida era la papaya. Me encantaba su sabor. Pedía que me dejaran hundirle un cuchillo porque el color no siempre era el indicador más adecuado. En cambio, la fuerza que debía ejercer para penetrarla, me permitía identificar su grado de madurez. Únicamente me animaba a comprar una tajada la cual consumía inmediatamente porque llevarme la papaya entera era difícil por su tamaño y porque siempre me encontraba cargado de papeles del trabajo y había que irse parado; no existían asientos y además, no era fácil encontrar dónde sujetarse.

En algunas pocas ocasiones llegaban amigos a la casa. Por lo general eran jóvenes colombianos que habían participado en la revolución nicaragüense. Hablábamos sobre todo de política. Básicamente les solicitábamos su visión sobre la coyuntura. Nos interesaba mucho conocer su punto de vista. Todos los pocos conocidos murieron unos meses más tarde cuando el M 19

desembarcó en el río Mira, en el departamento del Chocó. Allí el ejército los encajonó entre el mar y la selva y los acabó.

Una tarde, después de saborear unos espaguetis hechos en casa a los cuales se les agregaron dos latas de atún, lo que le daba un sabor especial, nos pusimos a contar anécdotas. Uno de ellos, que se encontraba en el embrionario ejército Sandinista, comentaba que el comandante del cuartel donde estaba, se preocupaba mucho por mantener en alto el espíritu de sus soldados, lo que lo conducía a izar la bandera varias veces al día, lo mismo que a entonar himnos y corear consignas tan fuertemente que por momentos le parecía que se le iban a romper los tímpanos de los oídos. Su efervescencia se convirtió en patriotismo cuando empezaron las discusiones sobre el archipiélago de San Andrés y Providencia, actualmente de Colombia. Nicaragua lo reclamaba por encontrarse ubicado a poquísimos kilómetros de su costa y porque el presidente que había firmado la sesión de las islas, se había tomado el poder mediante un golpe de estado.

El comandante, para dar salida a tal exaltación, una tarde hizo formar a todo el regimiento y dio instrucciones de que a su orden, dieran un paso al frente mientras se vocifera a todo pulmón: San Andrés es nuestro. Griten tan fuerte que los oigan en San Andrés, decía. Nuestro amigo colombiano, desconcertado, inicialmente no sabía qué hacer. Finalmente resolvió, muy sabiamente comentábamos después, dar un paso al frente y gritar: San Andrés es nuestro.

A continuación intervino Alejandro. Su anécdota inmediatamente me recordó la sentencia del chofer que nos recibió el primer día en el aeropuerto: en Nicaragua todavía "la tierra huele a sangre". La frasecita, que al principio me impactó enormemente, en ese momento me tenía sin cuidado, porque desde los primeros días de mi estadía me di cuenta que todos los "nicas", quizá por la herencia de Rubén Darío, son medio poetas. Creía, entonces, que no era más que una licencia literaria.

La guerra nicaragüense fue fundamentalmente una guerra de guerrillas donde, por definición, los combatientes se desplazan permanentemente. La estrategia es golpear y retirarse. Nadie se encuentra interesado en permanecer en un único lugar durante mucho tiempo. Existió, sin embargo, un lugar donde se libró una guerra de posiciones, en la cual, como su nombre lo indica, se trata de defender una posición. Es propia de los ejércitos regulares y se libró por excelencia en las dos últimas guerras mundiales. En Nicaragua se dio en el denominado Frente Sur, el cual poseía una geografía particular. Las tropas Sandinistas se desplazaban desde abajo, del sur del país hacia Managua, la capital, pero en medio de su camino se interponía el inmenso Lago de Nicaragua. Solo existía un pequeño callejón entre el océano y el lago. Si no se pasaba por él, era necesario rodear el lago, pero no existían carreteras ni embarcaciones y entonces, la travesía, llena de posibles emboscadas, se

alargaría probablemente meses, tiempo con el cual no contaban los Sandinistas que debían cercar Managua lo más pronto posible. La Guardia Somocista lo tenía muy claro y ancló allí varios de sus mejores destacamentos.

Alejandro fue enviado a una trinchera ubicada cerca de la cima de una colina. Allí literalmente se comía plomo pues la Guardia tenía otras trincheras a corta distancia. Habría, decía Alejandro, unos 300 ó 400 metros entre ellas.

En las últimas horas se había librado un combate que no ganó nadie y que dejó decenas de muertos de lado y lado. Ningún bando mejoró su posición. Sólo quedaron desperdigados cadáveres pues los pocos heridos existentes, cuando intentaban desplazarse hacia las trincheras, eran ultimados por franco tiradores.

Llegó la noche. Todos estaban exhaustos pero no podían dormir porque en el momento menos esperado se podía desatar la balacera. En los días siguientes de cuando en cuando se presentaron escaramuzas con idénticos resultados: nadie avanzaba y lo único palpable eran más y más muertos.

Y los cadáveres comenzaron a descomponerse, proceso que se aceleraba con el intenso sol. Inicialmente se percibía un olor fétido pero únicamente cuando un ventarrón pasaba sobre la trinchera; pero lentamente se fue convirtiendo en algo permanente. Con las horas ya de nada servía taparse la nariz con un pañuelo. El olor era tan intenso que lo penetraba todo. Lo paradójico del caso es que la putrefacción era producida por los cadáveres en general; no por los de Sandinistas ni por los de Guardia. Los cadáveres no admitían ninguna distinción.

La macabra escena se agravó con la llegada de los zopilotes (gallinazos, chulos...), los cuales descendían en manadas y desgarraban los cuerpos, llenando todo el ambiente con el ruido de sus aleteos. Empezaban por los ojos. Alejandro, desesperado, empezó a dispararles pero bien pronto recibió la reprimenda de sus superiores quienes le recordaban que al hacerlo el destello de los disparos facilitaba su ubicación por parte de la Guardia y que las municiones eran para la lucha, que no las despilfarrara pues ellas podían salvarle la vida. De todos modos, al morir los zopilotes, lo único que se lograba era que se acumulara más carne para el hedor.

Tampoco era fácil comer pues la situación no solo generaba un sentimiento mezclado de rabia e impotencia; también generaba vómito el cual dejaba un profundo sabor amargo en la boca.

Una mañana, cuando ya la colina se había convertido en un monumento a la indignidad humana, comenzó a correr la voz de alguien que por la radio había escuchado que la noche anterior Somoza había abandonado el país, lo que casi inmediatamente y sin que se dieran cuenta los Sandinistas, hizo que la

Guardia Nacional no sólo se replegara sino se dispersara, mezclándose más tarde con la población civil. Ya se podían enterrar los muertos. Los Sandinistas habían derrocado la dinastía.

De todos modos: itoda la tierra olía a sangre!